

Veintidós de Septiembre de 1975 Memoria de un Destape Sorpresivo Los Hombres del Presidente

POR MIGUEL ANGEL
GRANADOS CHAPA

Ojalá la anécdota correspondiera a la realidad, porque revelaría un sentido del humor altamente saludable para la política mexicana, a menudo afecta-

Viene 22 de Sep. 78

da de una solemnidad enojosa que busca encubrir la pobreza de sus objetivos y de sus procedimientos con un ropaje artificioso.

Según la anécdota, en algún momento de 1976, el todavía secretario de Gobernación, don Mario Moya Palencia, se habría encontrado en una fiesta diplomática, acaso en la embajada francesa, con el director de un importante diario metropolitano, y le habría anunciado, conocedor del instinto reporteril que hizo, y hace, famoso a ese director:

—Don Julio, le voy a dar una información para las ocho columnas de su periódico: ¿sabía usted que yo soy miembro de la Liga 23 de Septiembre?

—¿Cómo, señor secretario?!

—Sí, don Julio —repuso don Mario— ¿qué no ve usted que el señor licenciado López Portillo fue destapado el 22 de septiembre?

En efecto, hoy se cumplen tres años del ascenso del actual Presidente de la República al cenit de la atención pública mexicana. Al advertir la coincidencia de fechas, el entonces secretario de Gobernación habría aludido al deshaucio político en que cayó, y junto con él un enorme número de miembros de la clase política mexicana, al día siguiente del destapamiento de quien era entonces su colega de gabinete, el secretario de Hacienda José López Portillo.

La celebración, hoy, de esta efemérides nos abre la puerta de la memoria. La mañana de aquel 22 de septiembre, hace tres años, surgió preñada de presentimientos políticos. Apenas el sábado anterior, desde Acapulco, el director del Seguro Social, ex gobernador de Michoacán, antiguo profesor preparatoriano, don Carlos Gálvez Betancourt, había anunciado que estaba listo para ser o no ser Presidente de la República. Por una mala broma, todavía no se sabe si del Presidente Echeverría o del secretario de Recursos Hidráulicos, Leodoro Rovirosa, don Carlos había sido incluido en la lista de quienes hubieran podido ser Presidentes de la República. Horas antes de que se pronunciaran, como diría Luis Spota, las "palabras mayores", don Carlos seguía pensando en la posibilidad de que se le dirigieran a él. Su caso no era el único. Oí de un amigo mío decir que el 21 de septiembre el ahora director del Banco de México, don Leopoldo Solís, entonces principal consejero económico de don Hugo Cervantes del Río, refería con plena certidumbre los planes pues pondría en práctica cuando su jefe, seguramente en los días siguientes, fuera investido precandidato a la primera magistratura.

Y así todos. Uno oscuro —dese a su pelambre rojiza— profesor universitario, que por azares del destino se había convertido en asesor de Moya Palencia, se veía convertido, ya, en senador. A su vez, los partidarios de Porfirio Muñoz Ledo y de Augusto Gómez Villanueva paladeaban con la situación los cargos que ya se veían ocupando en vista de su cercanía con cada uno de sus capitantes.

Esa mañana premonitoria, recibí recado para asistir a una reunión de profesores universitarios que irían a presentarle sus respetos al candidato ya destapado. Supuse que el Gran Dedo habría apuntado, según lo indicaban casi todas las previsiones, hacia el antiguo Palacio de Cobiano, es decir la Secretaría de Gobernación. Lo supuse porque la persona que me convocaba a esa visita, y en cuya casa deberíamos reunirnos los profesores a la hora de la comida, se había mostrado, con toda honradez y sin embozo alguno, partidario de Moya Palencia. Si él invitaba a salubar al candidato, éste no podía ser sino don Mario.

Decliné, sin embargo, la invitación. Había concertado, días antes, un compromiso para comer con Jorge Tamayo. López Portillo, que estaba en la banca después de que se rehusó a compartir la política eléctrica y sindical de don Arsenio Farrell. Nos encontramos en un restaurante de ambiente británico, en Polanco, inmediatamente al Anillo Periférico. Cuando lo vi, me anunció por el rostro, antes que con las palabras, que su amigo y pariente —más lo primero que lo segundo—, el secretario de Hacienda, había sido destapado, y que don Fidel Velázquez anunciaba ya por doquier que el próximo Presidente de México sería don José López Portillo.

Me mostré incrédulo. Le hice saber que el llamado de mi amigo, el convocador de profesores universitarios, me daba la certidumbre de que el destapado era otro, y no don José. Pero el hoy subsecretario de Comercio Interior insistió en el hecho que después probaría ser cierto. A partir de este momento, informados por la secretaria de Tamayo, del sitio en que éste se encontraba, quienes deseaban hacerle saber su contento solidario por la decisión que tocaba tan de cerca a Jorge, interrumpieron a menudo, con llamadas telefónicas de felicitación, la comida en que otras circunstancias hubiésemos disfrutado con el acompañamiento de una conversación ininterrumpida.

Por razones naturales, Tamayo se fue pronto, y eso me permitió ir a Tlacojac a la residencia donde había sido citado, para satisfacer la curiosidad que me provocó el llamado de un moyista. No tuve necesidad de entrar, al llegar allí. Un joven profesor, entre cólico y decepcionado, me informó que el grupo de catedráticos ahí reunidos se aprestaba ya para salir a saludar a don José López Portillo.

Sic transit gloria mundi.